

# Página lírica

## de José Eustasio Rivera

2

Hacer una selección de estos brillantes sonetos (1) es colocarse en difícil situación: entáblase una lucha abierta y sin cuartal entre la emoción de belleza, que lo encuentra todo bello, y el propósito, que exige un extracto apenas. Decidido a eludir el conflicto, he entresacado ejemplos de las que me han parecido líneas fundamentales del volumen: la descripción del paisaje y de la escena tórridos, la sensación de infinito experimentada en medio de la naturaleza exuberante.

Apasionado y fuerte, lejos de sensitivo, José Eustasio Rivera es, en sí mismo, sensual e inteligente. Hinchado de virilidad y de «sangre morena», todo cuanto en el Trópico es vigor pleno resuena en su lira robusta: la indiana de senos florecidos; el toro, vencedor de leones y rey de las llanuras, manso y amoroso, vencido de pasión por las vacadas; la selva que agita al viento sus ramajes como melena gigante; el flechazo del indio desnudo que vence al tigre fiero desde la maleza; la tranquila piragua que remonta el salvaje torrente, al claror de la luna y a compás del bambuco; o bien el águila, y el cabrón maromero en la punta del peñasco sobre el abismo, y la garza, y la grulla que aflige con sus remos la inmensidad sombría. De modo que el romanticismo —¿hay otra palabra?— de Rivera—todo noble apasionado es romántico—al contemplar el cielo inmenso y sentir ansias de cosmos y de infinito, abstiéndose de las concepciones trascendentes y se ciñe al vigoroso engarce de los razonamientos meramente intelectivos, en un triunfo de concisión y de claridad y de hondo lirismo.

Este criterio de la selección, pues, justificará las inevitables omisiones: aspira a satisfacer los plausibles deseos del Editor del REPERTORIO concretándose a presentar los derroteros esenciales de la personalidad de José Eustasio Rivera. El poeta canta a su América, menos europeizado en sus maneras y más familiarizado con la naturaleza que Chocano; independiente, pues, de la influencia de este maestro. Todo en él me ha parecido nuevo sin que acierte a encontrar un detalle que denuncie esa novedad: estos versos de Rasch Isla me parecen, sin embargo, de un acierto profundo:

Pero cóndor o cumbre, gruta, linfa o abismo,  
perdura en tu labrado verso magnificante  
la inconfundible norma de ser siempre tú mismo.

R. E.

1

Esta noche el paisaje soñador se niquela  
con la blanda caricia de la lumbre lunar;  
en el monte hay cocuyos, y mi balsa, que riela,  
va borrando luceros sobre el agua estelar.

El fogón de la prora con su alegre candela  
me enciende en oro trémulo como a un dios tutelar;  
y unos indios desnudos, con curiosa cautela,  
van corriendo en la playa para verme pasar.

Apoyado en el remo, avizoro el vacío  
y la luna prolonga mi silueta en el río;  
me contemplan los cielos, y del agua al rumor,

alzo tristes cantares en la noche perpleja;  
y a la voz del bambuco que en la sombra se aleja,  
la montaña responde con un vago clamor.

(1) *Tierra de Promisión*, Vol. I, Bogotá, 1922.

Un gradual que rumora mientras duerme el plantío;  
y en la madre del cance soñoliento y salvaje,  
solitaria en un tronco donde el tumbo hace encaje,  
una garza que sueña con las ondas del río.

En sus plumas de raso se abrillanta el rocío;  
y después, cuando escruta, maliciosa, el paraje,  
alargando su cuello sobre el límpido oleaje,  
clava, inquieta, los ojos en el fondo sombrío.

Es un pez nacarino que irisándose juega  
en la diáfana linfa del remanso callado;  
la enemiga asechante los plumones despliega,

con asalto certero del cristal lo arrebató,  
y alza el vuelo llevándose en el pico rosado  
un estuche de carne guarnecido de plata.

7

Por saciar los ardores de mi sangre liviana  
y alegrar la penumbra del vetusto caney,  
un indio malicioso me ha traído una indiana  
de senos florecidos, que se llama *Riguey*.

Sueltan sus desnudeces ondas de mejorana;  
siempre el rostro me oculta por atávica ley,  
y al sentir mis caricias apremiantes, se afana  
en clavarme las uñas de rosado carey.

Hace luna. La fuente habla del himeneo.  
La indiecita solloza, presa de mi deseo,  
y los hombros me muerde con salvaje crueldad.

Pobre... Ya me agasaja! Es mi lecho un andamio,  
mas la brisa y la noche cantan mi epitalamio  
y la montaña púber huele a virginidad!

8

En la tórrida playa, sanguinario y astuto  
mueve un tigre el espanto de sus garras de acero:  
ya venció la jauría pertinaz, y al arquero  
reta con un gruñido enigmático y bruto.

Manchas de oro, vivaces entre manchas de luto,  
en su felpa ondulante dan un brillo ligero;  
magnetiza las frondas con el ojo hechicero,  
y su cola es más ágil y su ijar más enjuto.

Tras las verdes palmichas, distendiendo su brazo,  
templa el indio desnudo la vibrante correa,  
y se quejan las brisas al pasar el flechazo...

Ruge el tigre arrastrando las sangrientas entrañas,  
y agoniza... Y al verlo que yacente se oreo,  
baja el sol, como un buitres, por las altas montañas!

15

Sordo vuelo de abejas resplandece en la copa  
del follaje, agobiado por el boa sombrío;  
y mecido las ramas, con procaz vocerío  
se desbandan los monos en elástica tropa.

De la fértil mimbrera que los dindes arroja  
gruesos gajos desgránanse cual sonoro rocío;  
y en su busca, saliendo de las quiebras del río,  
gruñidora manada por la selva galopa.